

PRIMERA INTENCION

Por LORENZO GOMIS

LA JOVEN LITERATURA

La joven literatura se beneficia siempre de un suplemento de atención. Sobre lo poco que interesa la literatura por sí misma, viene luego la propina: el interés por la juventud. Mientras un escritor es joven, se dice que promete. Prometer es, sin duda más fácil que dar. Y el que —por edad— se limita a prometer, está sin duda en posición más favorable que el que —por edad— se limita a prometer, está sin duda en posición más favorable que el que —por edad— se siente obligado a dar.

Después de diez o quince años de actividad literaria, la gente cree saber ya lo que un escritor puede dar de sí. Si no es mucho, el interés por su obra mengua verticalmente. Si es mucho crece y, sobre todo, arraiga: toma en el público lector raíces profundas.

Estadísticamente, es claro que la mayor parte de "curvas de escritor" —me refiero a la curva del interés por él y por su obra— alcanzan su punto más alto relativamente pronto. Luego la curva baja, porque baja la expectación y porque la promesa resultó ser —a los ojos de los lectores— superior a la dádiva, a la obra que el escritor ha ido entregando.

Sobre esta curva natural del interés se proyecta a veces, una sombra de patología literaria. Un amigo iberoamericano me decía un día que en su país sólo interesa la primera obra de un escritor. A lo más, la segunda. Una vez visto, aunque valga, se le olvida. El resultado es que la mayor parte de escritores se olvidan también de su propia obra, y se retiran: una retirada compensada por su dedicación activa a la política.

Pero aun entre nuestro público lector, reducido pero afortunadamente no tan versátil es cierto que la joven literatura se beneficia de un suplemento de crédito, un suplemento de esperanza. El clima de los premios literarios —con su preferencia por los noveles— ha venido a exagerar todavía más esta situación.

Por eso yo pondría un poco de sordina a la observación —fundamentalmente justa— de Luciano F. Rincón en el artículo suyo que comento la semana pasada: aquella en que decía que la última promoción que ha llegado a las letras españolas puede representar un peligro para la victoria de la burguesía en nuestra literatura de la guerra para acá.

Un poco de sordina, por las siguientes razones: Primera, porque no creo que sea mérito, al menos exclusivo, de las últimas promociones las de

"los que no fuimos a la guerra", el que la literatura que hacen suene menos "burguesa" que la de las generaciones anteriores. Lo que pasa, me parece, es que nuestras letras se han aireado. Lo que pasa es que estamos "cogiendo el paso" de las corrientes literarias del mundo en esta hora. Obsérvese, si no que hay síntomas evidentes de un "desaburguesamiento" —digámoslo de algún modo— en la obra última de varios de los más destacados representantes de las generaciones anteriores. Ni la poesía "social", ni la novela o teatro más o menos "sociales" son patrimonio exclusivo de las últimas promociones. Están en el aire y cada uno recoge, en lo que puede esa corriente. Y lo mismo que se dice de la literatura "social" podría decirse de la literatura "católica".

Segunda, porque está por ver si estas promociones últimas sabrán —o sabremos— hacer obra profunda vivida, a impulsos de ese soplo benéfico, o al menos renovador, que es el espíritu de nuestra hora. Está por ver si esto va a quedarse en una moda de quita y pon, o si de verdad significa algo en el panorama literario y social de España. No se olvide la correspondencia —siempre relativa— entre literatura y sociedad. Que los supervivientes de las letras de anteguerra hayan seguido haciendo literatura "burguesa" (me fastidia esta expresión, con su inevitable deje peyorativo, pero la empleo para seguir el razonamiento), es algo perfectamente natural, explicable y aun inevitable. Que las generaciones que surgieron con la guerra hayan manifestado a la hora de escribir una fundamental desorientación —una fundamental incertidumbre (aparte la obra valiosa y en marcha de varios de ellos, y visto todo, claro, desde nuestra perspectiva de ahora), es también lógico, porque esa incertidumbre literaria corresponde también a su incertidumbre histórica y a su necesidad de elaborar síntesis apresuradas e inestables. (Y de ellos se han salvado, o se están salvando, los que han encontrado dentro de sí un manantial seguro.) Pero para saber si las últimas promociones mantendrán su promesa —colectiva se entiende— hay que esperar un poco, para ver aunque sea inicial, su obra, su paso en la literatura... y en la vida. No vayamos a fallar por ahí, por la vida, en cuyo caso lo otro caería pronto, porque sonaría a falso.

Y tercera... No sé, no sé bien cuál va a ser la tercera razón. Tal vez fuera la esperanza. Porque la verdad es que a las grandes esperanzas, hay que ponerles sordina. Para que no se gasten antes de tiempo. Para que, al menos, duren.



Estampa de otoño en el Escorial

SALIMOS de Madrid muy temprano, aún no había amanecido. Las luces de neón derramaban sobre las solitarias calles una luz espectral. El día anterior había llovido algo, pero el cielo se mostraba ahora radiante, ¡espunteado de estrellas, y hacia presagiar un magnífico día. Apenas alboreaba, que ya salíamos por la estación del Príncipe Pio hacia El Escorial, ruta que tantos recuerdos y emociones de mi lejana juventud despertaba en mi memoria.

A medida que iba careando daba gusto contemplar el paisaje. ¡Cómo lozaneaban los pinos de la Casa de Campo, de un color verde oscuro, mientras sangraban en los campos inmediatos los surcos de la nueva sementera! Pero lo que alegraba más el paisaje era la serie de bellos hotelitos y chalets que se sucedían desde la Cuesta de las Perdices hasta más allá de Las Rozas. Hotelitos y chalets blancos, encajados, de gracioso estilo español, con sus torres a cuatro vertientes, y con aleros y tejados de rojas tejas. No puede negarse que, desde la última guerra acá, ha ganado mucho este paisaje, tanto en el aspecto urbanístico como en el forestal. Los chalets y hoteles se rodean de bellos bosquecillos de pinos y acacias, a menudo se ven plantaciones de pinos, y las mismas carrascas que se achaparraban sobre los bloques de piedra granítica berroqueña, han crecido, y ya se ven los árboles que tienden a formar bosque. Ya no es la ruta desolada que hacía desatar en la

mentos a algunos viajeros franceses de los siglos XVIII y XIX.

Pero el paisaje cambia notoriamente desde que nos aproximamos a la Sierra. Más allá de Villalba, se suceden los praderíos, circundados por líneas de fresnos y robledales. Manadas de bueyes y corderos pastaban la nueva grama que iba cundiendo por bajo de los secos hierbajos. Parejas de picazas y de grajillas revoloteaban no lejos de los ganados. Las hojas de los fresnos y los robles eran ya una lluvia de oro sobre las praderas. De súbito, más allá de Las Zorreras, aparecía soberbia, majestuosa, matemática, la mole de El Escorial. Sobre el repecho de la sierra aparecía como un broche, un medallón de gloria. El sol naciente arrancaba entonces destellos de las ventanas de la iglesia y del convento, tras de las que algún monje estaría ya volviendo los folios de viejos libros. Todo el caserío escorialense, en torno del maravilloso edificio, parecía asomarse desde las barandas del monte, a aquella fiesta de la luz mañanera. Los pinares de Los Abantos trepaban hasta rozar con las hilachas de neblina de los picos, mientras que las helechosas, ya mustias y secas, tapiaban el monte, de un ocre severo. En cambio, en La Herrería, el verde de las choperas y de los fresnedos se desmayaba en un ópalo claro, que parecía embeberse toda la luz otoñal.

J. M. MILLAS VALLICROSA

CARTA DE MALAGA

Más sobre Celia Viñas

En la playa mediterránea de Málaga, una caracola ha comenzado a sonar con vientos del noroeste. Esto debo aclararlo con toda urgencia: «Caracola», es el título de una revista de poesía que, el pasado octubre, con el número 24, cumplió dos años de su existir.

Entonces, en octubre, de esta «Caracola» sacó José Estrada, que la dirige, bellísimos sonidos. Algunos, inusitados. Tal una «Elegía», estremecida, de Josep Carner. En catalán, y en lugar de honor. Poco, poquísimo antes, había sabido yo, (con el retraso del que va zaguro) de Carles Riba. Riba copresidió en Galicia la sesión inaugural del último Congreso poético.

Ahora, en este número de noviembre, nos ha venido otra sorpresa. La revista aparece escrita por poetisas; sólo por poetisas. Y la primera firma es de Celia Viñas. Cinco poemas suyos que ya Celia no podrá leer jamás. Aparte viene el suplemento 12 de «Caracola». Y se titula exactamente, así: «Caracola en la muerte de Celia Viñas».

Debajo, la fecha de su definitivo ausentamiento, mientras esperaba la gloria de la maternidad. Sólo esto. Yo (perdonadme que os hable de mí; pronto me voy) soy andaluz, malagueño. Os escribo desde vuestro Pirineo que es ya por esto, un poco mío. Estoy leyendo el suplemento aquí. Estoy pensando en vosotros, al hojear el suplemento. Lo ha hecho Bernabé Fernández Canivell, de quien dijo Vicente Aleixandre, que era el «impresor de Paraíso». Se nos dice (en una página de prosa, que vale muchos versos) cosas de Celia. Celia era catalana: había nacido en junio de 1915, en Lérida. ¿Comprendéis ahora por qué «Caracola» ha empezado a sonar con vientos del noroeste.

Escribe Jacinto López Gorgé un soneto, lleno de interrogantes. El terceto final de esta «Desesperada oración por la muerte de Celia», es du-

risimo. El soneto, todo él, arrebatado de protestas al «Dios a la deriva» que nos lleva a Celia.

Otro soneto («Elegía en un soneto») implacable de preguntas, en el que Alfonso Canales no quiere creer esa ida de Celia:

«Mira' mi mano, Celia: aún vive. [Toma y hazla saber, hundida en tu costado.]

Enrique Molina Campos, se golpea brutalmente contra la frustrada maternidad de Celia. Comienza su Elegía así: «Ahora que iba a ser verdad».

María Victoria Atencia, mujer al fin (niña; casi mujer), sabe resignarse con una ternura en la que calla y

siente y habla apenas, como si suspirara; como si reprochara un poco a Celia, en «Pero nada hubo como el silencio, el que se hubiera ido.

Después, Manuel Orozco Díaz, en «Leve Río...», hace poema, la plástica de un instante (el definitivo) irrepetible; y pregunta a Celia por su allí, ignorado. Rafael León, propone la rosa para mística flor de Celia.

Al fin extensamente, en tercetos encadenados habla otra mujer: María Antonia Sanz Cuadrado. Y habla de las diminutas, transfiguradas, sonreidoras cosas por las que Celia se entusiasmaba.

RAFAEL LEON

"NOCHEVIEJA EN MADEIRA"

Organización de VIAJES MARCO

En colaboración con REVISTA



Ocho días de crucero en el paquebote de lujo «SANTA MARIA». de 26.000 T. M.

Durante las fiestas de Año Nuevo, Madeira se viste de gala en honor de San Silvestre. Una apoteosis de fuegos artificiales surge, como por encanto, del escenario deslumbrante de la más hermosa isla del Atlántico:

MONTE-TERREIRO DA LUTA - PICO DE BARCELOS - CAMACHA - SANTO DA SERRA - CABO GIRAO - POISO RIBEIRO FRIO - PORTELA - MACHICO

Salida: 28 de diciembre

Regreso: 4 de enero

Precio por persona 8.985 Ptas. (todo comprendido)

Queda abierta la inscripción en

VIAJES MARCO

RAMBLA DEL CENTRO, 27

Tel. 22 93 05

BARCELONA

ALCALÁ, 54

Tel. 31 00 03

MADRID